

LA CUNA DEL CAPITAN

JULIO CIENFUEGOS LINARES

VOLVER, después de diez años, a pisar estos campos guarda cierto interés, sobre todo cuando, como de éste, conocemos la versión del campo en la guerra y volvemos a pisarlo en la paz.

El campo guerrero, el paisaje de la guerra, es transcendentalmente distinto a lo que un campo y un paisaje es en la paz, por mucho que en la ocasión guerrera se nos haya impuesto su sentido labriego y agrario, su aroma de aprisco, su cotidiana simpleza de honrada besana, o sus sugerencias de caza o de pintura. La guerra metamorfosea el ambiente y prende de los árboles especiales luminarias a cuyo reflejo el campo se nos presenta otro y extraño.

Por eso hoy quizá vaya pisando tímidamente una tierra acaso desconocida. Hace poco, corriendo el coche por la carretera, de pronto surgió la visión conocida, un poco fantástica, de este campo. Va la carretera flanqueada de encinares, limitada la visión por unas redondas mamblas sobre las cuales lentiscos, brezos y encinas acaloran la calidad parduzca de la tierra. Pero en un momento la carretera se cuelga de una ladera de modo que se ofrece a la vista una veга ancha, a cuyo final, ya digo que un poco fantástica, velado por la azulenca bruma de las lejanías extremeñas, se presenta este paisaje, se recorta el castillo sobre la definida meseta y se descubre el «otro» campo, el campo que en aquellos días se extendía más allá del límite guerrero de las trincheras, prohibiendo a los hombres lo que a los pájaros no podía prohibir.

Después deja de verse y se sigue prosaicamente encerrado por cercanías. Porque aquí en Extremadura el paisaje cercano tiene de prosaico todo lo que de lejos adquiere de poesía nobilísima. Por eso cuando entre dos alcortes entrevemos un retazo lejano de campo extremeño no somos capaces de retirar la mirada, cautivados por el misterioso efluvio, concretado en brumas y luces difuminadas, que del paisaje transcende. Deja de verse y solo volvemos a vivirlo cuando ya estamos en él, como pié a tierra, descendidos y dentro de su encanto.

Ahora estamos en otra carretera, la que por Santa Amalia conduce a Medellín, y entre las sierras, pequeñas sierras, de «Enfrente» y «Yelves». A un lado queda «Remondo». Casi podría irse señalando el emplazamiento de piezas y de unidades militares, y casi podríamos descubrir lugares de recuerdo. Tal vez persista, sin arrasarse, el redondo tambor de cemento armado de un nido ametrallador; tal vez se conserve entre los canchos, donde ahora negrean residuos de hogueras pastoriles, las huellas de viejas chabolas. Aquí cerca, sobre la entonces solitaria carretera, acentuando aún más la soledad, quedó



ALBUM EXTREMEÑO: Medellín. Monumento a Hernán Cortés

abandonado un trillo, tiempo y tiempo, no se sabe de qué modo allí dejado, referencia de ráfagas, medida del desamparo de las cosas y anacronismo de un presente guerrero.

Santa Amalia, ahora mudo, tenía entonces despabiladeras ajetreteadas por el continuo zafarrancho de los escuadrones. Era característico el trajín de los soldados montados a pelo sobre los caballos de manera labriega y civil, llevándolos a la aguada con el mismo aire que si regresaran de la senara. Las calles, —rectas calles de este joven pueblo que se enorgullece de su reciente fundación y en mármol recuerda a los noventa y nueve vecinos de Don Benito que vinieron a convertir en «un vergel», abandonados eriales—, las calles, digo, y la cuadrada plaza, eran zoco ruidoso de soldados cetrinos, fardados buenamente como mozos de labranza. Tal vez ahora no sea mudo este pueblo, ya atemperado a la rutina de la vida pacífica, pero, inevitablemente, el recuerdo de aquellos días lo hace yerto y silencioso, extraño y recogido.

Antes de entrar en Medellín conviene detenerse un rato entre estas sierras familiares y volver a vivir el viejo tiempo antes de que definitivamente sea posible el paso al «otro» campo, sea posible atravesar el terreno que no fué de nadie y entrar en Medellín desde este punto. Antes de que definitivamente se hunda la concepción de este paisaje que guarda evocaciones de otros días, y sea sustituida por su versión normal y cotidiana. Y así estamos entre la sierra de Enfrente y la de Yelves. La primera está enfrentada con el castillo, constituyendo con la colina que lo sustenta las jambas del portillo por donde cruza anchuroso Guadiana, separando dos campos que entonces fueron realmente y tajantemente dos. La otra, Yelves, —¡qué evocación romancesca la de su nombre!— miente una braveza demasiado empequeñecida. Por delante la vega del Guadiana: prados amables donde crecen alamedas y brotan casitas que entonces tenían misterio en los ojos de sus ventanas tal vez ocultadoras de la muerte; de la muerte espiando el momento de su actuación, insensible a la pajarería, insensible al lejano canto de un gallo cortijero, al esponjoso gozo de la mañana o al letal silencio de las atardecidas. Lejos cruza ahora el tren, lejos se ven unos viñedos alineados, lejos la vida laboriosa del campo que trae hasta nosotros el canturreo de un labrador. Junto a la carretera crecen cardos y jaramagos. Junto a la carretera que atraviesa un campo donde es inconcebible el presagio de muertos y de carroñas. El purísimo azul del cielo no parece jamás haber sido profanado por las alas de pájaros agoreros. Ni cuervos ni buitres parece que hayan podido jamás vigilar sobre estas alturas ni cernirse sobre la pobre carne maltratada, fuscando la luminosidad del cielo con la sombra de sus alas poderosas. El campo guerrero resuena ahora, también igual que entonces, de canciones maduras como espigas.

Al otro lado del puente, Medellín. Hay que ir rodeando la sierra de Enfrente para llegarse a remontar la puente romana. Luego ya el castillo, dorado al sol, asumiendo con su mole toda la superficie de la meseta en la cual se levanta o a la que tal vez haya cercenado su

comba con el cuchillo nivelador de su explanación para asentarse horizontalmente, corona labrada sobre una noble testa no tan altiva como segura. El pueblo se derrama a su vera, hasta el mismo puente.

Quizá sea necesario para conocer a Hernán Cortés en todas sus dimensiones visitar este pueblo de Medellín donde él naciera y se criara, protegidos sus primeros pasos enfermizos por San Pedro que cumplió a maravilla el devoto encargo materno. Hay aquí una estatua del capitán, bien encuadrada delante del castillo, entre el concurso de las casas modestas de una plaza todavía más rural que pueblerina, algunas de ellas con portalada de cantería y todas humildes y como congregadas por el bronce del abanderado Cortés en una disciplina de Concejo abierto a lo que tan aficionado debió ser don Hernando. No le han puesto a caballo y hánle puesto caballero. Responde bien a la idea de prócónsul y de condottiero renacentista en una pieza que de él se tiene. Y de galano florecido de gentilezas y de saberes como lo está su mentón de vellida barba. Arrogante, un si no es teatral, también como su original un poco dado a ser contemplado y espectáculo para los pasmados ojos de enemigos y seguidores. Pero no hay en la estatua, y está en cambio en su torno, la marrullera sabiduría de pueblo viejísimo que se tradujo en astucia en la persona de éste nuestro primer general, y un poco también está la escuela de bonhomía de su sistema a la brava y por las buenas, como debió aprender de los tranquilos extremeños casi contemporáneos de Pedro Crespo, capaces de subírseles a las barbas al más pintado si mesar las suyas quisiera.

No está a caballo y quisiera imaginarme las primeras cabalgadas, inevitables en esta tierra, del señor don Hernando, aún doncel y quizá ya entonces pesadilla del mesurado y buen hidalgo don Martín Cortés. Porque por estas llanuras donde lento se despereza Guadiana, Cortés debió aplicar a los ijares de los caballos sus impacientes espuelas, fogosas aún más que en Otumba, soñando lanzazos y apartando a buen seguro de su imaginación los sabios espóndeos salmantenses vencidos en ardiente lucha por Tirantes y Merlines. A caballo se mirarían el castillo y Cortés, a caballo los dos, guiñándole el castillo el resplandor de una luz en la ventana de una estancia condal al pequeño jinete extremeño. Los dos a caballo, sobre una loma y sobre un trotón, imaginando ambos seguramente que así habían de permanecer frente a los siglos.

Y no sé si adquiriera Cortés en Salamanca su sentido jurídico o entre estos labradores romanistas, descendientes de los que por aquí romanearon a la vera de una calzada imperial.

Aquí Cortés, erguido sobre su pedestal, puede ser todo lo que se quiera y todo lo que es en la Historia, menos paisano de este pueblo. Quién sabe lo que podría decir si el de carne y hueso saliera ahora de una de estas casas y se enfrentase con su estatua! Ciertamente estos hombres pueden llegar a ser lo bastante universales como lo fué Hernán Cortés. Pero en medio de estas agachadas casitas que reciben a la mañana la sombra del castillo, Hernán Cortés se humaniza hasta hacerse cordial, tanto como en la prosa de Bernal Díaz,

tanto como entre los soldados de su tropa. Poco parece en este lugar recordar la fantasía del misterioso Anahuac, los poderes del Capitán, las mágicas victorias sobre un imperio esotérico, en fin la dimensión universal de la personalidad del héroe. Aquí Cortés pierde su atuendo y su evocación se hace menuda y comarcana. Se recuerda la espera de don Martín y los comentarios de los paisanos en torno a las andanzas del conquistador. ¡Y cómo llegarían aquí las noticias y cuál sería el orgullo de los villanos! A las veces las empedradas calles resonarían bajo los cascos de la cabalgadura que montara el mensajero portador de carta para don Martín. Cartas que encenderían no sabemos qué clase de imaginaciones temerosas sobre las tierras de fábula en que se batía el cobre, con más ventura que Amadís, el paisanito. Y de aquí saliera el viejo a recabar favores para el expedicionario en la Corte del César. Que hasta los Amadisés precisan del favor de los grandes.

¿Cuál sería el tejado del que el mozalbate, en achaques de faldas, cayera con grave peligro de la vida, rompiéndose los costillares? Reposadamente el tiempo ha borrado pasiones y recuerdos. Igualándolos y desmenuzándolos como terrones bajo el tacón del caminante. Nada queda más que la estatua y alguna piedra erudita de conmemoración. Pero en el aire, sobre la llanura, parece recortarse la silueta de un jinete que, más que arrogancia de mandos, parece trascender agraças retroces de muchacho. Aquí nació el más solemne y legista de los hombres de espada. Aquí nació el hombre, contradictorio como buen político, que, prudentemente, se tragaba todo aquello desagradable que le quisieran decir si la ocasión no le era afecha, contestando a lo más en versos epigramáticos y taimados, y al que en los arrebatos se le hinchaban las calientes venas amenazando estallar. Contradicción y temple, voluntad afirmada, realizando siempre lo que se propuso sin despecho de nadie (que es lo difícil), nació y se crió en estas tierras don Hernando Cortés, emparentado con Monroys, Pizarros y Altamiranos.

Allá arriba, antes de llegar al castillo, está la parroquia de San Martín, que guarda la desportillada pila bautismal donde se lustró. Junto a la iglesia un olivar promete lámparas votivas en su recuerdo, y es gris ceniciento acordemente conjugada su gama con los tonos simples de la llanura que desde aquí parece. A la noche, cuando el silencio se posa sobre los afanes senareros de los paisanos, las estrellas del cielo extremeño prenden condecoraciones en el pecho de bronce de este arrogante y teatral Hernando Cortés.